

Utopistas indianos en América

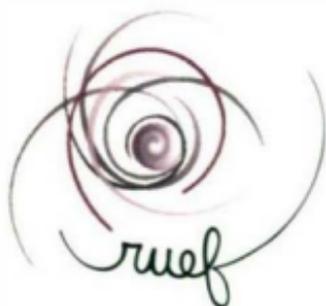
De Bartolomé de las Casas
al papa Francisco



Ciudad Nueva

Esteban Valenzuela

Esteban (Teo) Valenzuela Van Treek es Director del Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Jesuita Alberto Hurtado, de Santiago (Chile). Doctor en Historia de la Universidad de Valencia, *Master* en Desarrollo de la Universidad Wisconsin-Madison, periodista y *magister* en Ciencia Política en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Fue coordinador de la Pastoral Juvenil, dirigente estudiantil, alcalde y diputado por Rancagua. Se ha desempeñado como consultor en desarrollo y descentralización de la GIZ (Deutsche Gesellschaft für Internationale Zusammenarbeit) en República Dominicana, Colombia, Guatemala y Paraguay. Escritor y colaborador de las revistas *Mensaje* y *El Mostrador*. Entre sus publicaciones: *Fragmentos de una Generación* (1987), *Cómo ganarle a la rabia* (1988), *Pichilemu Blues* (1993), *Alegato Histórico Regionalista* (1999), *El Fantasma Federal* (2003), *La Voz Terrible* (2008), *Nacionalismo fraterno y cosmopolita* (2010), *Gestión Municipal Moderna* (2011), *Política de la Fraternidad* (2012) y *Nahual Maya* (2012). Su esposa es la psicóloga Alejandra Pallamar.



Prólogo

Me han pedido hacer un prólogo a este libro que expone algunos aspectos de la dimensión profética presente a lo largo de los cinco siglos de la Iglesia latinoamericana. La lectura de este texto ha sido para mí extraordinariamente estimulante. La mirada a un período complejo de cristianismo está enriquecida con numerosas citas e interesantes testimonios. Muchas de las acciones que se consideran proféticas se encontraron con resistencias y oposiciones por parte de la misma Iglesia. Esto resulta normal porque el profeta no es principalmente el que anuncia cosas que sucederán en el futuro como las antiguas pitonisas, sino que es alguien que hablando en nombre de Dios dice verdades que a menudo nos duele escuchar.

Las experiencias se reagrupan en siete grandes grupos. El primero, que abarca los tiempos de la conquista de América, trata de separar la espada de la cruz en la defensa del indígena en medio de una empresa que codiciosamente buscaba el oro y que se autojustificaba pensando que al mismo tiempo se anunciaba el nombre de Jesús. Esta tendencia no sólo denuncia sino que en muchos casos procura crear ejemplos concretos de convivencia y de sincretismos con las culturas locales como es el caso de fray Bartolomé de las Casas en Guatemala y el de las reducciones guaraníicas. Me hubiese gustado ver una exposición más extensa de las ideas y trabajos del P. Luis de Valdivia que en nuestra patria se ocupó de esta materia.

La segunda experiencia es la de aquellos que durante el periodo de la emancipación y consolidación de las nuevas repúblicas quisieron abrir la Iglesia a las ideas de la Ilustración promoviendo los ideales democráticos y el diálogo con la modernidad. Esta situación es más compleja porque ella no se inspira sólo en ideales evangélicos, sino también en pensamientos de los enciclopedistas franceses, por cierto no siempre muy cercanos a la Iglesia. No pretende crear comunidades sino librar a la sociedad de tutelas y censuras indebidas por parte de la Iglesia, reubicando de este modo a la Iglesia en la sociedad.

El tercer grupo son los grandes luchadores sociales del siglo XX inspirados en la Doctrina Social de la Iglesia formulada a fines del siglo XIX por León XIII y completada por los sucesivos pontífices. Este capítulo se centra fundamentalmente en ejemplos chilenos de luchadores por la justicia social. A pesar de las resistencias y acusaciones, basados en su fe cristiana, esos hombres denunciaron las injusticias, promovieron el sindicalismo y formaron líderes para la acción política. Habríamos deseado que a propósito de Alberto Hurtado se señalara que los últimos años de su vida los dedicó sobre todo a la justicia en el mundo laboral. Estudió y escribió sobre el sindicalismo y fundó la ASICH (Acción Sindical Chilena) que explícitamente descartó convertirse en un sindicalismo paralelo, aunque algunos no lo entendieron, y procuró la formación de líderes para que actuaran en el mundo sindical. El P. Hurtado defendió la libertad sindical para impedir que el monopolio de un partido, y sobre todo los intereses e ideologías particulares de un partido, hiciesen muy difícil la incorporación de todos los actores. Él quería la unidad sindical, fruto de una lucha por la dignidad del trabajo.

Los tres grupos siguientes no son fáciles de separar porque en muchos aspectos coexisten en el tiempo, denuncian las mismas injusticias, proponen similares soluciones y tienen parecidas inspiraciones. Los acentos de cada grupo corresponden más a diferentes momentos de la historia del mundo y de la Iglesia por las que van pasando los mismos actores. En ese período se realizaron el Concilio con todas sus esperanzas, las conferencias episcopales

de Medellín y Puebla y se desarrolló el postconcilio con sus luces y sombras. En el mundo se produjo la caída del muro de Berlín, se impusieron impresionantes cambios tecnológicos, el entusiasmo y el desencanto ante el modelo cubano, el triunfo de los sandinistas y la frustración. Lo que ha permanecido es la injusticia, la desigualdad y una victoria aplastante del capitalismo globalizado. Cada una de estas circunstancias fue forjando diferentes respuestas desde la guerrilla, la creación de partidos políticos, movimientos como Cristianos por el Socialismo, el fomento de comunidades eclesiales, etc. No es fácil dar un juicio único y uniforme porque, como lo afirma el autor, hay diferencias no pequeñas entre todos los actores. Hay evidentes distancias entre un Juan Carlos Scannone y un Hugo Assman; entre las sencillas comunidades de base y los Cristianos para el Socialismo, entre los que usan algunos elementos de análisis tomados del marxismo y los que adhirieron con alma y vida a esa filosofía.; entre un teólogo profundamente identificado con los pobres como Ronaldo Muñoz y un político profesional; entre un mártir como monseñor Romero o los pacifistas y un guerrillero que opta por la violencia para lograr la justicia. En esta clasificación indico las diferencias y no doy necesariamente juicios de valor sobre ninguna de estas opciones pues no es éste el objetivo de esta nota.

Todas esas visiones claramente tenían en común algo profundamente cristiano: que el Reino de Dios se encarna, se hace historia y debe cambiar las relaciones humanas en esta tierra. Es fiel a la visión de Jesús que se apartó de la posición apocalíptica de Juan el Bautista y procuró crear en esta tierra una comunidad de hermanos pidiendo que el Reino venga a nosotros, que se haga la voluntad de Dios así en la tierra como en el cielo y que no falte el pan en nuestras mesas, sobre todo en la mesa del pobre.

Discernir la verdadera profecía nunca ha sido fácil, como lo atestigua la historia de Israel. Esa dificultad se acrecienta en nuestro Continente donde se mezclan el heroísmo y el horror, el entrecruzamiento de culturas, las tradiciones de la Iglesia y las nuevas formas, las ambiguas situaciones de la Conquista, la

santidad y el martirio, la explotación y la injusticia. Todos los personajes han debido jugar en diferentes tableros como es el caso del cardenal Silva, promotor de la reforma agraria, defensor eximio de los derechos humanos y a la vez duro crítico de los Cristianos para el Socialismo.

Podemos quejarnos de un conservadurismo que ha tratado de frenar el Concilio, pero no podemos dejar de comprender lo difícil que resulta discernir para un pastor que ve que no pocos que han abrazado ciertas ideologías se han alejado de la Iglesia y perdido su fe; que constata que a veces la justa lucha por la justicia puede terminar en violencia o quebrantar la fraternidad. Esa fraternidad ciertamente no puede esgrimirse para explotar y faltar a la justicia, pero está en el centro de la visión cristiana, como queda claro en el capítulo sexto. La mera supresión de un signo de interrogación puede cambiar a fondo lo que se quiere decir. Es el caso de un documento del episcopado chileno donde se preguntaban los obispos: ¿Es Chile un país de hermanos? Algunos suprimieron esa interrogación y lo que era un llamado a cambiar la situación se convirtió en una afirmación: “Chile un país de hermanos” que podía tranquilizar las conciencias en lugar de removerlas como pretendían los pastores.

Para tener un juicio ajustado es necesario precisar los términos, que no siempre significan lo mismo según las circunstancias en que se emplean. En cuanto al de *utopía*, que se usa en el título y recorre todo el texto, hay que reconocer que no ha sido fácil de emplear en las ciencias sociales. Como lo señala Manheim en su famoso libro *Ideología y Utopía*, la utopía es profundamente positiva para algunos porque señala ideales y esperanzas, pero es peyorativa para otros porque denota ideales incumplibles, ilusiones irrealizables. Para los primeros es una *eutopía*, que en griego significa “un lugar bueno”. Para los segundos es simplemente un lugar que no existe, un no-lugar. Para grupos más conservadores a menudo se consideran utopías absolutas aquellas cosas que son utopías relativas porque parecieran irrealizables frente al presente y a la tradición, pero que en sí mismas son ideales posibles si se ponen los medios adecuados aunque sean difíciles. Pero más pro-

fundamente, aun las utopías absolutas pueden ser un motor que indica direcciones correctas, horizontes últimos. El autor usa el término en ese sentido. Ignacio de Loyola nos enseñó a no ser pequeños en el soñar; él habló siempre del “magis”, el desear siempre más, tener “utopías”, pero conjugó esos sueños con un sentido político que nos obliga a buscar los medios adecuados y a no desanimarnos con el lento avance de la historia.

Otro término que merece un atento análisis y que se usa profusamente en el texto es “socialismo”, que tiene múltiples acepciones: desde el compartir los bienes hasta llegar a algunos de los socialismos reales que dejaron un amargo recuerdo de falta de libertades, atropellos a los derechos humanos y estados totalitarios. Por eso no es extraño que haya prevenciones ante el término. Algo parecido podría decirse de “liberal” que en la historia no sólo ha significado libertad, sino también mortal individualismo, desregulaciones y competencias fraticidas cargadas de opresiones e injusticias.

Finalmente en la línea de las precisiones, sobre todo cuando el texto se refiere al cardenal y futuro papa Ratzinger, es bueno precisar la palabra “caridad” y su relación con la justicia. En la primera iglesia y en los evangelios la caridad es el amor, raíz de todos los bienes y criterio para juzgar, en definitiva, todas las acciones humanas desde una perspectiva cristiana. En este sentido la justicia puede ser expresión del amor profundo, fruto y exigencia de la verdadera caridad. Con el tiempo el término caridad paso a ser sinónimo de los actos de beneficencia y, en cierto modo, se contrapuso a la justicia. Es en ese sentido que el P. Alberto Hurtado dijo que “la caridad comienza donde termina la justicia” pues aquélla sería sólo un paliativo sin ésta. La “caridad” sin justicia puede transformarse en un engaño. Como decíamos, el discernimiento no ha sido fácil en estos cinco siglos de historia.

El libro está actualizado hasta tal punto que incorpora en él los dichos y actitudes del papa Francisco, que se ha mostrado particularmente cercano a los pobres y que suscita una gran

esperanza de purificación para la Iglesia a fin de que sea fiel a su maestro.

Como rector de una universidad que es sensible a lo social, me enorgullezco de que un profesor nuestro plantee estos temas y nos invite a una discusión que puede ser muy rica en el plano pastoral, en lo social y académico. La complejidad de los temas hace muy difícil que haya unanimidad de opiniones, pero la importancia de los mismos nos obliga a hacer un serio discernimiento en bien de la sociedad, de la Iglesia y sobre todo de los pobres. Es razonable que tengamos cuidado en el uso de los medios. Hoy somos más conscientes de las violencias trágicas inspiradas en ideales religiosos. Utopías santas pueden justificar la Inquisición, el terrorismo y la violencia. La Utopía y los medios que se usen para alcanzarla deben ser juzgados por la suprema ley del verdadero amor proclamada por Jesús.

Fernando Montes, S.J.
Rector Universidad Alberto Hurtado
Julio de 2013

El libro expone aspectos de la dimensión profética presente a lo largo de los cinco siglos de la Iglesia latinoamericana, una lectura extraordinariamente estimulante. La mirada hacia un período complejo del cristianismo está enriquecida con numerosas citas e interesantes testimonios. Muchas de tales acciones que se consideran proféticas se encontraron con resistencias y oposiciones de parte de la misma Iglesia. Esto resulta normal, porque el profeta no es principalmente el que anuncia cosas que sucederán en el futuro como las antiguas pitonisas, sino que es alguien que, hablando en nombre de Dios, dice verdades que a menudo nos duele escuchar. Todas esas visiones claramente tenían en común que el reino de Dios se encarna, se hace historia y debe cambiar las relaciones humanas en esta tierra. Es fiel a la visión de Jesús, que se apartó de la posición apocalíptica de Juan el Bautista y procuró crear en esa tierra una comunidad de hermanos... Discernir la verdadera profecía nunca ha sido fácil, como lo atestigua la historia de Israel. Esa dificultad se acrecienta en nuestro continente, donde se mezclan el heroísmo y el horror, el entrecruzamiento de culturas, las tradiciones de la Iglesia y nuevas formas, las ambiguas situaciones de la conquista, la santidad y el martirio, la explotación y la injusticia... Se usa la palabra *utopía*. Ignacio de Loyola nos enseñó a no ser pequeños en el soñar; él habló siempre del "magis", el desear siempre más, tener "utopías", pero conjugó esos sueños con un sentido político que nos obliga a buscar los medios adecuados y a no desanimarnos con el lento avance de la historia.

FERNANDO MONTES, SJ,
Rector de la Universidad Alberto Hurtado


Ciudad Nueva



ISBN-13: 978-950-586-306-8



9 789505 863068